

Comentario al artículo «Actitudes, evaluación y racionalidad», de E. Crespo

CHARLES ANTAKI
Lancaster University
Traducción: E. Crespo



Resumen

1. Crespo accede a la racionalidad por medio de un análisis del divorcio entre actitudes y contexto social en los teóricos de las actitudes.

2. Racionalidad es lo que hace que las acciones de una persona (incluyendo su hablar) pasen una prueba de significación social, tanto a sí mismos como a los demás. Esta prueba está necesariamente cargada de valor, ya que fallar en ella es fracasar como actor social.

3. ¿Qué tienen que decir los psicólogos sociales? Crespo nos dirige hacia los teóricos de las actitudes. Las actitudes, conforme a la opinión estándar, median la conducta, y una parte integral de las mismas es su componente evaluativo. Nótese la recuperación del concepto de evaluación.

4. Pero tal vez las actitudes son inseparables de la acción. Tal vez son dos caras de la misma moneda, de modo que sea erróneo pretender predecir una acción «desde» una actitud expresada. Mead ciertamente pensaba así. Para Mead, el acto de comunicación eran la actitud y su conducta hechos uno. Para hacerlo adecuadamente, uno tiene que comprender la audiencia a la que se dirige.

5. Habermas va más allá. Cualquier (sensata) expresión lingüística es necesariamente racional en el sentido de que compromete al hablante en una serie de pretensiones de validez que, en caso de ser puestas en cuestión, aquél pueda defender. Esto lo sabe tanto el hablante como la audiencia.

6. De esta forma, si tomamos la «actitud» de modo que incluya la acción momentánea de comunicar tal actitud y si tal comunicación se mantiene o fracasa conforme a sus pretensiones de validez, entonces hemos llevado de modo adecuado las actitudes al campo de la racionalidad. Y el mejor lugar para ver ahora las actitudes no es el cuestionario sino la conversación. Comenzamos a preguntar cuestiones nuevas, tales como qué estándares han sido usados por los conversantes y qué estándares han sido usados por los investigadores que lo investigan.

Dirección del autor: Lancaster University

Comentarios

Crespo es caritativo con los teóricos de las actitudes al esperar de ellos que tengan algo que decir sobre la racionalidad. Me pregunto por qué eligió empezar en este punto en lugar de otro cualquiera. Después de todo, los teóricos de las actitudes se lavan las manos respecto a cualquier criterio de adecuación (lógica, social u otra) de las creencias de la gente. Decir que “tal y tal” tienen una actitud positiva respecto, por ejemplo, a la higiene dental no es decir nada respecto a lo sensato, articulado o defendible que sean sus creencias. Los teóricos de las actitudes están interesados en otras cosas.

Esto significa que Crespo tiene más o menos que inventar el vínculo entre las actitudes tradicionales y la racionalidad. El vínculo que él identifica es «evaluación», y lo ve en este modo: de una parte, la habitual definición tripartita de una actitud incluye evaluación (o el «componente afectivo»), por otra parte, ser racional es superar una evaluación social de significatividad. Por tanto, la evaluación ocurre en ambas. Tal vez no he entendido bien, pero éste me parece un vínculo más bien débil. El componente afectivo es, por supuesto, el afecto o desafecto de una persona por el objeto de actitud, mientras que es la propia persona (o sus acciones) la que es evaluada por su racionalidad.

Pero la debilidad de este vínculo carece de importancia, ya que el argumento se fundamenta realmente en un armazón diferente. Crespo dirige nuestra atención hacia algo que los teóricos de las actitudes han conseguido mantener oculto a los psicólogos sociales durante muchas décadas: el lenguaje. Las operacionalizaciones del lenguaje actitudinal por parte de estos teóricos —sus cuestionarios, listas de palabras, y escalas— despojaron con éxito a sus respondentes de la posibilidad de hacer contar sus actitudes de algún modo social. Crespo, al retrotraernos a Mead, está efectivamente liberando a generaciones de respondentes de cuestionarios que han sentido vagamente que sus «verdaderas» actitudes no estaban siendo sondeadas. Estaban en lo cierto, pero no porque el investigador no hubiese encontrado la forma adecuada de las palabras, sino porque todo lo que hace social una actitud —que es lo que la gente entendería aquí por «verdadera»— era negado por lo nada social del medio en el que eran forzados a expresarse.

La base del argumento de Crespo está realmente en la escuela construccionista que él identifica en la última sección del artículo. Se basa en parte en las técnicas nociones de pragmática de Habermas, pero pienso que se podrían igualmente remitir al movimiento del análisis del discurso en Psicología Social, defendido por Potter y Wetherell (1987). Para estos autores la «actitud» es poco menos que un timo de los psicólogos: nos permite interrogar a nuestros respondentes por la consistencia de sus creencias y usar dicha consistencia como evidencia de una causa estable e individualizada de la acción. Por el contrario, dicen Potter y Wetherell, las actitudes son importantes por su variación tanto como por su consistencia, y lo que explica si el respondente es variable o consistente es el uso al que ella o él quieren asimilar esa expresión actitudinal.

Por ello, Crespo y Potter y Wetherell están de acuerdo en que la fuerza de la actitud está en el momento de ser intercambiada en el mundo social. Pero Crespo está menos interesado en las funciones que tiene este intercambio que en los criterios de adecuación a los que el hablante se adhirió al hacer este intercambio socialmente significativo. Esto significa que Crespo nos está ofreciendo un programa bastante diferente al del análisis del discurso. Crespo está más com-

prometido con la cognición (aunque en el sentido intersubjetivo y distributivo de Mead) que lo que lo están los analistas del discurso. También está más comprometido con el análisis de la *acción* de lo que sería reconocible en una empresa discursiva.

Al remitirnos hasta Mead y conducirnos a través de Habermas, Crespo ha flanqueado a los teóricos de la actitud y, manteniendo a distancia a los analistas del discurso, nos ofrece una visión de la racionalidad que es fundamentalmente interactiva.